

EL MADRILEÑO,

SEMENARIO

DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y NOTICIAS.

DE LAS SOCIEDADES DE CREDITO EN ESPAÑA.

A medida que han ido creciendo las necesidades sociales con la índole y trasformaciones de los tiempos, el progreso moderno con sus divinas reacciones ya plantando al lado de nuestras necesidades elementos reparadores que multiplican soberanamente los medios, siendo manantiales perennes de riquezas, fuentes abundantísimas de donde manan las prosperidades y el bienestar.

Hé aquí por qué el progreso viene siendo propiamente una verdadera providencia humana, y hé aquí por qué su grandiosa tradición se perpetúa, se eterniza en el tiempo y en el espacio, gravitando siempre hácia la perfección indefinida, y derramando constantes beneficios sobre la humanidad.

Las instituciones de crédito y seguros son la mas bella conquista del progreso moderno, el testimonio mas grandioso de la verdad de esta civilización que puede llenar de orgullo á nuestro siglo, á despecho de esos sicofantas del retroceso, que alimentan la loca pretension de hacernos volver atrás, cuando mas nos inunda esta ola luminosa que ha sido el faro de redención de nuestras sociedades civiles.

Así como las instituciones de beneficencia fueron levantadas por la filantropía cristiana, las instituciones de crédito lo han sido por la filantropía social, y unas y otras son secuelas de la caridad, porque propenden á un mismo objeto, porque llevan la misma tendencia bajo distinta forma; siendo las primeras el paño de lágrimas de los dolores, y las segundas un preservativo sublime contra la pobreza y la miseria estremas.

Las instituciones de crédito son la mas bella conquista del reinado de la libertad, síntesis perfecta de la civilización cristiana, y resúmen armonioso de la moral divina: en el plan económico de los antiguos sistemas no tenían, no podían tener cabida estas asociaciones, diametralmente opuestas á su régimen y espíritu que no concebía otro sufragio colectivo que el que necesitaba la corona para gobernar un Estado.

Las instituciones de crédito han nacido con la idea de la libertad, se han afianzado y robustecido á su sombra, se multiplican asombrosamente impulsadas por su aliento bienhechor, y no hallarán jamás rémoras á su paso, porque su razon de ser es congénita con la idea del progreso, y la ley del progreso es inmutable: no puede estacionarse ni retroceder.

Establecidas las primeras asociaciones de crédito, fueron miradas por el vulgo con desconfianza, y con pena y repugnancia por los sectarios de las ideas históricas: de aquí el que fueran recibidas por unos con indiferencia y por otros con sarcasmo.

Los resultados violeron mas tarde á comprobar los inmensos beneficios que podían derramar sobre las familias, y desde aquel momento todas las fortunas se interesaron en sus operaciones sin atender á espíritu de partido, como si la idea fecunda de estas instituciones estuviera llamada á estrechar por un nuevo y sólido vínculo los lazos sociales.

La teoría de las instituciones de crédito es muy sencilla: consiste simplemente en formar un depósito *inviolable*, garantizado por la competente responsabilidad legal.

Este depósito no se estanca: un consejo de administración cuyas operaciones vigila un delegado del gobierno, invierte los capitales establecidos en especulaciones de reconocido interés, pone en movimiento los valores, verifica anualmente sus balances generales y distribuye proporcionalmente las ganancias entre los capitales asociados que se enriquecen sucesivamente con los intereses y las nuevas imposiciones: los reglamentos especiales de la institución determinan un plazo para retirar el capital social cuando al interesado conviene: tal es en resúmen la organización de las sociedades de crédito que caminan cada vez mas hácia su perfecto desarrollo.

Las ventajas que reportan á todas las clases son demasiado evidentes para detenernos á enumerarlas: la asociación de capitales en una caja de ahorros proporciona utilidades en razon directa de los valores impuestos, cuanto mayores son estos, sus operaciones se realizarán en mayor escala, y las ganancias serán mas considerables, razon por la que estas instituciones son manantiales fecundos que acrecientan la riqueza pública por medio de ese movimiento constante de valores, especie de flujo y reflujo que ensancha maravillosamente la ola de la prosperidad social.

Pero el carácter mas sublime de las instituciones de crédito consiste, en nuestra humilde opinion, en que mas que privilegios del opulento, sirven al pobre de áncora de salvacion, especie de patrimonio, tesoro formado con gotas de sangre y bendecido por los latidos del corazón, que en un día dado cae sobre los hogares como un rocío de consuelo para preservar á las familias menesterosas de los rigores del hambre y de la miseria.

En efecto, el carácter popular de estas instituciones no puede ser más eminentemente filantrópico: por esto han adquirido una universalidad tan grande y por esto están llamadas á realizar mas numerosos beneficios.

No hay persona que cuente con tan escasa fortuna que no pueda llevar al año una pequeña suma al depósito inviolable: los artesanos laboriosos y honrados, estos obreros pequeños del progreso, los que ejercen una facultad, las viudas y los huérfanos, hasta el misero mozo de servicio pueden crearse para lo porvenir un capital razonable con solo establecer algunas economías en el período de un año: las instituciones del crédito no han cerrado su caja á las fortunas mas insignificantes: por esto se han hecho doblemente acreedoras á la gratitud de las almas generosas.

El trabajo es el único patrimonio de tres cuartas partes de la sociedad, y como el trabajo ennobrece, como proporciona la mas grande, la mas augusta de las jerarquías humanas, que es la honradez, de aquí el figurarsenos que esas tres cuartas partes de la sociedad, tan laboriosas de suyo, sean grandemente honradas; pues bien, para estas clases mas que para ninguna otra se han establecido las Cajas de ahorros, que en un día dado abren sus arcas y ofrecen al pobre el óbolo que habia depositado, convertido ya en una cantidad salvadora para un día de infortunio.

Todo artesano laborioso, labrador, industrial, jornalero, todo hijo de esa gran providencia humana que se llama trabajo, puede llevar á la Caja de ahorros sus economías, sean cuales fueren, y vivir tranquilo al lado de su familia sin tomarse la pena de administrar su dinero: llega un día de necesidad, un día en que falta el pan, en que la familia no tiene suelo para dormir, en que ha salido solado un hijo, en que hay que dudar á una hija que va á contraer un enlace, y se acude al depósito inviolable; allí está el tesoro salvador; allí están reunidas, acrecentadas, multiplicadas asombrosamente aquellas santas gotas de sudor, á quien no parece sino que Dios ha bendecido segun han germinado y fructificado: la familia recibe su tesoro llorando de alegría y de gratitud: se compra el pan necesario; se atiende á las enfermedades; se libra al hijo de servir en la milicia; se dota á la hija para que tenga un porvenir risueño, y del lugar del pobre sale un himno de entusiasmo y de ventura que bendice al progreso, germen fecundo de estas instituciones bienhechoras destinadas á ser la égida del infortunio.

Las asociaciones de crédito han eximido á la paternidad de uno de sus deberes mas penosos, del de conservar y fomentar su fortuna material para trasmitirla en herencia á la familia.

Un padre no tiene necesidad de administrar lo que gana con el sudor de su rostro, si lo lleva al depósito inviolable; se economiza los desvelos que llevan consigo los cálculos especulativos; aleja de su casa unos valores que pueda malgastar y perder miserablemente en vicios ó en falsos placeres ó en efimeros caprichos, ó en empresas ruinosas; si todos los padres hicieran esto, si cuando sus hijos están en la infancia se acordaran de que algun día han de llegar á ser hombres y han de necesitar una herencia, si se detuvieran á pensar que pueden formarles esa herencia sin grandes trabajos,

con solo llevar al depósito inviolable sus economías, el óbolo mas insignificante escatimado de la satisfacción de un vano capricho, no tendríamos que lamentar en plena civilización tantas decepciones, tantas antítesis humanas y tantos crímenes.

Hé aquí la razón por qué las sociedades de crédito han hecho un gran bien á la familia y al Estado que es el múltiplo de la familia, el río social engrandecido por la ola doméstica.

En nuestra patria, las sociedades de crédito han tomado un desarrollo considerable de pocos años á esta parte; si no tan floreciente como en Inglaterra y Francia no carecen de garantía alguna de estabilidad, siendo notable que apenas se haya tenido que lamentar ningún fracaso de consideración desde la época de su advenimiento.

Este resultado es el mejor argumento que se puede presentar á los que desconfían, y á los escépticos que no tienen fé: si una experiencia amarga es siempre madre de la desconfianza y la justifica hasta cierto punto, el crédito en España no ha pasado todavía por esas grandes catástrofes que ofrecen á los pueblos tan dolorosos espectáculos.

Tenemos asociaciones de diversos ramos: Cajas de ahorros, Bancos para formar capitales y rentas vitalicias, seguros sobre la vida y sobre la propiedad, en una palabra, cuantas aplicaciones benéficas admite el crédito otras tantas se han convertido en instituciones entre nosotros.

Las sociedades establecidas en esta corte están en el estado mas floreciente: *El Banco de Economías, La Tutelar, El Porvenir, El Monte Pío, El Crédito Mobiliario*, y otras muchas que no recordamos han progresado con una rapidez asombrosa: el Banco de Economías, especialmente, ha obtenido en el espacio de dos años una imposición fabulosa.

Hé aquí en resumen una sucinta idea de estas instituciones grandiosas que han nacido con la libertad, y que se perpetuarán con el progreso, con la civilización, para cooperar al bienestar y alegría de la familia humana.—R.

SECCION CIENTIFICA.

ESTUDIOS MORALES Y POLITICOS.

DE LA INSTRUCCION PÚBLICA.

Necesidad de una reforma fundamental.

V.

(Conclusion).

Hemos recorrido por su orden los diversos grados de la instrucción pública, señalando aquellas reformas que en nuestro humilde concepto deberían establecerse para favorecer el generoso impulso de la vida de la inteligencia: vamos ahora á considerar á la instrucción pública en su último grado que habilita para desempeñar una profesion.

Magnífico espectáculo el del mundo científico moderno, cuyos dilatados horizontes ofrecen en perspectiva numero-

sas carreras que aseguran cómodamente el porvenir del hombre, afianzando por tiempo indefinido la vida del progreso, que se enriquece cada día mas con los soberbios descubrimientos del genio, que se ensancha á cada paso merced á esta fecunda laboriosidad intelectual que se asemeja á una providencia humana.

¡Qué exceso de vida, qué animación, qué movimiento constante de ideas, qué milagros debidos á la palabra! ¿Cómo sería posible retrogradar, hoy que se varía el curso de los ríos para que fertilicen comarcas enteras; hoy que el telégrafo habla á través de la atmósfera y de los mares, hoy que no hay distancia entre los pueblos; gracias á las locomotoras; hoy que la industria realiza milagros; hoy que las artes y las manufacturas florecen y son manantiales de riqueza; hoy, en fin, que tenemos civilización, familia y patria?

No, no es posible retrogradar: decidme si todo el poder de un conquistador, si el valor de un Alejandro, la intrepidez de un Anibal, ó la fiera de un Atila, serían bastantes á apagar esta oleada luminosa del pensamiento moderno, esta centella bienhechora de progreso que tantos beneficios ha derramado sobre la frente de la humanidad.

En el siglo pasado apenas habia mas que cuatro carreras científicas establecidas, y aun estas sometidas al empirismo: vuestros hijos no podian servir mas que para el sacerdocio, para el foro, ó para la medicina: todas las ciencias de diez y ocho siglos no escapaban de esta trinidad pequeña: y aun habrá quien no se queje de esta expansión considerable.

La Iglesia absorbía por completo la vida del pensamiento: el progreso de las ciencias exactas, físicas y naturales, pertenece exclusivamente á este siglo.

Hoy existen en España sobre unas sesenta carreras científicas: la juventud halla delante de sí ancho campo para dar vuelo á su inteligencia, y todos los hombres, en general, numerosos elementos para procurarse un excelente porvenir material.

Y adviértase otra de las grandes armonías del progreso en la exuberancia científica de la vida moderna. ¿Qué sería de nosotros en el mundo si la civilización no hubiera puesto á cubierto nuestras necesidades con el sublime poder creador de la inteligencia, enriquecida por esa grande ola luminosa de las ciencias?

El progreso ha venido apareciendo por grados, y en ello vemos una ley reparadora y providencial que planta al pié de todas nuestras necesidades el remedio; en los primeros tiempos del mundo todas las necesidades materiales del hombre quedaban plenamente satisfechas con los productos que le rendía la naturaleza salvaje: hoy no sucede lo mismo, el aumento considerable de población ha ido insensiblemente fraccionando la propiedad, y de aquí la necesidad de explotar la riqueza por todos los medios que están á su alcance físico, moral é intelectual.

Por eso vemos cada día que el aspecto agreste de la naturaleza salvaje cambia de formas á costa del sudor de nuestra frente: donde brotaban espinas se recoge ópimos

frutos, donde habia selvas atestadas de lobos y reptiles se encuentran campinas cargadas de rubias mieses, ó prados verdosos que pastan animales productores, y vegas fertilizadas por ríos que surten de hortalizas el mercado.

Las artes y la industria completan, por decirlo así, el abanico de la fuente de la riqueza pública; á medida que crecen las necesidades reales ó ficticias crecen los elementos para satisfacerlas; y por último, el hombre gracias al poder de su inteligencia, se rodea de comodidades materiales en medio de las infinitas causas que parecia debieran despojarle de ellas.

Todas las sesenta carreras científicas que hay en España ofrecen á la juventud estudiosa un porvenir risueño; sin embargo no podemos decir que entre nosotros están recompensadas sobradamente las ciencias: demasiado sabemos que aún no ha llegado ese día.

Para testimonio cumplido del próximo sistema adoptado para dar la enseñanza científica, nos basta solo señalar la muchedumbre de nulidades profesionales que ejerce entre nosotros habilitadas con un diploma.

¿En qué consiste esto? ¿Por qué sucede? ¿Qué beneficios nos reportan semejantes concesiones? ¿A qué puede conducir sino á sancionar todo linaje de monstruosidades el autorizar á un hombre torpe y rudo para desempeñar cualquier facultad? Indudablemente: ó no conocemos cuales son nuestros verdaderos intereses, segun nos apresuramos á defraudarlos, ó conociéndolos, estamos perpetrando un espantoso sacrificio.

A nadie se oculta ya la verdad de que el número de años académicos señalados para seguir una carrera, no está en razon directa de los resultados que se obtienen.

Fácil es de todo punto remediar esto: parecéanos que no se necesita decir la manera.

Muchas veces los padres consenten en no enviar sus hijos á la universidad por ciertos escrúpulos, relativos á lo mucho que se espone su educación moral con los mil peligros que asedian constantemente á la juventud en los grandes centros de población; estos escrúpulos se justifican: en las populares ciudades existen la virtud extrema y las miserias extremas, el bien y el mal en grandes escalas, la honradez y el vicio en su última apoteosis.

No sería difícil quitar la universidad de las populosas metrópolis, y en ello se haría un gran bien á las familias, pero con el tiempo se volvería á parar en la misma dificultad: donde quiera que haya universidad allí tiene que afluir la población.

Por lo que hace al programa de enseñanza bien susceptible es de una reforma racional, no solo en pró de la ciencias, sino en beneficio de las familias por la parte económica.

Los derechos de grados y depósitos de títulos deberían suprimirse por completo: es mas, hasta los exámenes de reválida, esos actos públicos que á nada conducen, deberían abolirse.

Y hay razon para ello: estos exámenes no pueden influir en manera alguna en el progreso intelectual de los alumnos: dependen de un acaso, de una buena fortuna en sacar de las urnas preguntas favorables; son por todos

conceptos altamente inútiles, porque si el alumno ha sido aprobado en todos los cursos por el tribunal competente, ¿cómo podrá otro tribunal derogar lo que ha autorizado aquel? Sería ridículo: una de dos, ó el exámen de reválida es una mera fórmula, en cuyo caso debiera suprimirse por lo caro que cuesta, ó es un exámen destinado á juzgar severamente, en cuyo caso habrá que destruir no pocas veces lo que otros tribunales hayan autorizado: en este caso también costaría el exámen demasiado caro, porque se habían empleado en valde muchos años, alentados por la indulgencia ó la justicia del tribunal primero, para venir á morir estrangulados por la severidad del tribunal segundo.

Desengañémonos: es preciso irnos despojando insensiblemente de nuestros viejos vestidos: hay una porción de aberraciones que reciben nuestros cultos á pretexto de venir revestidas con cierto carácter tradicional: no seremos nosotros de aquellos que rechacen lo bueno de los antiguos; pero tampoco hemos de aplaudir lo malo, solamente porque lo autorice una rancia costumbre: la filosofía, es la autora de la razón que tanto se nutre del pasado como del presente, á fin de exhumar verdades para lo porvenir.

A los gobiernos toca realizar todas las reformas que han de redundar en beneficio de los pueblos; de ellos depende en gran parte la indefinida perfección del hombre: á ellos está encomendado el árduo trabajo de velar por la civilización universal, trabajo lleno de espinas y de gloria que puede acarrearles las bendiciones sociales.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

Madrid 8 de agosto.—1862.

A ELISA.

Niña de la tez morena,
La de los ojos de garza,
La de la boca riante,
La señora de mi alma;
Despierta si estás dormida,
Y si estás despierta, alza,
Recoje tus blondas trenzas,
Ponte el vestido de gasa,
Y á favor de las tinieblas
De la noche solitaria,
Vuela, vuela, presurosa
En alas de la esperanza,
A encontrar á quien te adora
A quien por tí diera el alma.
No temas de ser humano
Las enojosas miradas,
Que en la noche misteriosa,
Todo duerme y todo calla.
Vente, hermosa de mi vida,
No seas á mí amor ingrata,
Vente, que en dulce coloquio
Sobre mi brazo apoyada,
A gozar iremos juntos

Los encantos de la Alhambra:
Si tú cual dices me quieres
No te rias de mis ansias,
E iremos, é iremos, si
A la mansion encantada,
Antes que al astro nocturno
Oculte su luz de plata,
Antes que la inmensa hoguera
Que mi corazón abrasa
Convierta en ceniza fria
Tanto amor, tanta esperanza...
Allí la luz de la luna
Penetra tan suave y blanda
Que ni su brillo lastima,
Ni es allí la sombra opaca;
Y al iluminar el suelo
De mil dibujos le labra,
Cuyos ricos arabescos
El alma y la vista encantan.
Allí en sus calles de chopos
Que hasta las nubes se alzan,
Cual si abarcar con sus brazos
Los espacios intentaran,
Los sentidos se estasian
Y el corazón se dilata,
Porque allí habita el amor;
Porque allí habitan las gracias,
Porque allí naturaleza
Muestra sus mejores galas.
Allí vagan escondidos
El deleite y la esperanza,
El placer, la dicha, todo
En invisible comparsa,
Impacientes aguardando
Las almas enamoradas,
Para anidar en su seno
Cual la tórtola en la rama.
Los arroyos cristalines
Con piés de espumosa plata,
Se deslizan blandamente
En sus lechos de esmeralda,
Cantares que allí aprendieron
Murmurando van sus aguas.
Allí misteriosos ecos
Aun repiten las romanzas.
Que el árabe enamorado
Dirigia á su Zarayda,
Y otros mas bellos cantares
Y otras músicas mas gratas,
Que arroban el corazón
Le embelesan y le encantan.
Vente, pues, hermosa niña,
Vente conmigo á la Alhambra,
Que no temiendo del mundo
Las enojosas miradas,
Las mas ardientes caricias
Coronarán nuestras ansias.

S. ALVAREZ P.

EL CONDE FULBERTO AMAYA.

LEYENDA TRADICIONAL DEL SIGLO XVI.

(Continuación.)

Al terminar de leer este escrito, su boca lanzó una imprecación de horror.

Luego compadeció por un instante á aquel que un día le obedeció hasta el extremo de recibir absolutos derechos sobre el tipo mas acabado de hermosura, para tenerlo que respetar siempre, como cosa sagrada. Reflexionó que Fulberto, abrazado por el mágico rayo de los ojos divinos de Catalina, trataría de apagar su fatal ardor por medio de la ausencia, la guerra y la deshonra del objeto amado, pero que ardiendo cada vez mas su pecho, como si en él se encerrara un volcan activo, habria volado, desesperado, á exigirle lo que un día prometiera con juramento sagrado, aunque lo hiciera sin voluntad de cumplirlo.

Cuando una pasión desgraciada devora nuestras entrañas, no hay fuerzas humanas que la contengan... Fulberto antes de postrarse á los piés de Catalina debió luchar horriblemente con todas sus fuerzas.

Cárlas V recorría con velocidad la habitación, cual un leon celoso que se revuelca en su gruta, y atruena el espacio con sus feroces rugidos.

— ¡Dh! decía fuera de sí, Catalina es irresistible: sus ojos fascinan; sus palabras enloquecen; su hermosura ofusca... Fulberto le habrá suplicado amor... luego le habrá exigido... Mi corazón se abrasa en un infierno de celos, de dudas, de desesperación y venganza.

Dicho esto salió de su estancia, mandó que le prepararan un caballo, y partió veloz como un relámpago, con dirección á Crémona, abrigando pensamientos de sangre, de esterminio...

El tigre hambriento, el lobo á quien roban sus cachorros, la serpiente á quien pisan en su nido, no se lanzan sobre su presa con mas rabia.

Una idea de muerte se sacudió dentro de su imaginación, lanzando gritos funerarios.

X.

Cárlas V llegó á las cercanías de Crémona, poco antes de ocultarse el sol en el ocaso.

Convenia á sus intentos retardar la entrada en el castillo hasta el anochecer.

El furor salvaje que dominaba á Cárlas V debía dulcificarse ante aquellos lienzos interminables de vejetación, interrumpidos por altas montañas, que coronaba el sol con sus abronzados colores.

El cielo esmaltado de un azul riente, centelleaba con una luz pura, y reflejaba tintas de rosa sobre aquella alfombra multicolora, cortada por rios cristalinos, que como largas cadenas de diamantes, ó serpientes caprichosas de plata, bordaban aquellos tapices de eterno verdor.

Las flores de los almendros bañadas en los pálidos reflejos de un sol agonizante, semejaban copos de nieve, interpolados por menudos puntos de oro.

Bosques de copudos naranjos y limoneros, cargados de frutos, llenaban los aires de ambrosía cual si fueran pebeteros orientales colocados allí para embalsamar el espacio; y destacaban su altiva corona en el éter azul del firmamento, imperando

sobre los ramosos olivos, cuyos tiernos pimpollos se columpiaban, á merced de una brisa apacible y aromática.

Algunas mariposas, de alas glaseadas, se cernian voluptuosamente en las cunas suaves de las flores, bañándose en sus aromas, y agotando hasta la última partícula de su fragante esencia.

Inmensas moles graníticas, semiveladas por el sol, proyectaban caprichosas figuras, mientras que los árboles raquíticos y descarnados, crecidos en los recortes de alguna roca, inclinaban sus ramas desnudas de verdor y vida, describiendo sombras opacas, que envueltas en una débil oscuridad, parecían fantasmas suspendidos en el aire.

Las aberturas de las cavernas, tapizadas por las plantas trepadoras, bordaban aquel cuadro sombrío con siniestros primores.

La naturaleza, en fin, se presentaba allí ruda, silvestre; pero grande, hermosa, admirable.

Al mismo tiempo herían los oídos del pensativo rey el murmullo de la soñolienta naturaleza, el vuelo amoroso de las palomas, que buscaban su nido, el balido del manso corderillo, y entre los ecos eternos de la armonía universal, el sombrío planic de las campanas de las aldeas vecinas que anunciaban la oración de la tarde.

Pronto la noche dejó caer sobre la tierra su tenebrosa oscuridad, y el cielo apareció sembrado de estrellas.

Cárlas V abandonó entonces aquellas llanuras para realizar una idea fuzesta.

A veinte pasos se levantaba majestuoso el castillo de Crémona.

Parecia una sombra fantástica de pardas vestiduras, recostada en un lecho de piedra, y velada por gigantes callados, que movia el viento.

Un farol colocado en su punta mas alta, acababa su aspecto, completamente supersticioso y fanático.

Cárlas V llegó á la puerta, y antes de penetrar en él un presentimiento secreto le hizo temblar.

En breve recobró su valor y serenidad, y pasó á su interior.

Un servidor quiso detenerle.

— Paso al rey, dijo Cárlas V al enseñar una insignia de su soberanía.

El servidor cayó á sus piés tembloroso.

Cárlas V le enteró despues de cuanto queria.

El servidor le condujo por galerías oscuras y desiguales, hasta llegar á un pasadizo angosto, por el que dificilmente podia caminar un hombre.

Tenia las paredes húmedas, el suelo viscoso y resbaladizo; se respiraba en él un gas nocivo, y su intensa oscuridad acababa de hacerle semejante á un antro del averno.

El conductor le tendió la mano, y él la aceptó impulsado por la necesidad, enemiga siempre victoriosa del orgullo.

Caminaron largo tiempo sin pronunciar palabra, hasta que el práctico se paró en un ángulo que formaba la caverna.

Apoyó sus manos en la pared, y permaneció media hora buscando un resorte oculto: hallóle al fin, y una pesada puerta de roble se abrió, presentando una pequeña abertura.

Los goznes de aquella puerta produjeron un casi imperceptible ruido, efecto de su secular orin que se desmoronaba.

Un ambiente mas puro halagó su respiración, cuando se abrió la puerta.

Descubriase una ligera claridad.

Un delgado tapiz separaba aquel cochitril lóbrego, de otra mas cómoda estancia.

El conductor se aproximó al rey y le dijo en voz baja:

—Desde aquí podrá enterarse de cuanto desea V. M.

—Esta bien... esperadme al fin del pasadizo.

El guía desapareció.

Una vez solo el rey, principió á investigar el lugar en que se encontraba.

Detrás de aquellos tapices había una opulenta cámara.

Entre los tapices y la pared cabía estrechamente un hombre.

Carlos V se acomodó lo mejor que pudo.

Luego abrió un agujero en el lienzo con la punta de su espada, por donde podía descubrirlo todo.

Al tatadear el lienzo se presentó ante sus ojos un cuadro, que le hizo latir con violencia el corazón.

Era una cámara elíptica, en la que se ostentaba una opulencia regia.

La bóveda, formada de mosaicos y artesonados riquísimos, describía un cielo azul bordado de luceros de plata, que rodeaban á una luna de acero bruñido, que parecía querer desprenderse del punto en que estaba suspendida.

Dos grandes arañas de alabastro destellaban luces brillantes, en fondo rojizo, y destacaban caprichosamente las molduras de los objetos, viniendo á reflejar después sobre los tapices y sillerías, encubiertas de seda y oro.

Algunas estatuas de mármol de Paros representaban personajes de la fábula, cuyo semblante al brillo de las luces parecía animarse por una existencia ideal.

La alfombra de tela de Persia describía en sus hilos finísimos una historia fantástica.

Sillones góticos de altos espaldares y taboretos de terciopelo se recostaban sobre las paredes, como intentando á caer en ellos rendidos por la voluptuosidad.

Mesas de alabastro sostenían mil futilidades artísticas, en que destellaban diversidad de colores.

Allí en fin todo era riqueza, ostentación. En aquella concha se respiraba la vitalidad más seductora.

Era el calabozo dorado en que la barbarie poderosa de la edad media encerraba á sus más raras beldades: la mansión secreta y escondida de la torpeza del feudalismo, que los señores buscaban con ansiedad, al volver del combate, para entregarse á un dulcísimo descanso.

En esta mansión singular había dos personas.

Un hombre y una mujer, como era natural.

La mujer vestía un traje de terciopelo negro.

El hombre una boquilla deslumbrante de oro y pedrería.

En el rostro de la primera se reflejaba un pesar tan profundo como resignado.

En el del segundo la lucha desesperada de la grandeza, que se atreve á empequeñecerse.

La mujer era Catalina.

El hombre Fulberto Araya.

Con el alma abrasada de amor y celos, prestó el escondido atención á lo que allí iba á suceder.

Fulberto se acercó á Catalina y la besó la mano con pasión; sus ojos amortiguados despedían un resplandor fatídico, su boca sonreía torbamente y un estigma doloroso parecía abrasar su frente como un cerco de hierro encendido.

—Señora, la dije, he arrastrado los tormentos del infierno; y ya no puedo sufrir más... necesito que me concedáis amor, ó me arranquéis la existencia... elegid.

Catalina le miró con indelible angustia, y principió á llorar.

Fulberto se acercó más á ella, sonriendo amargamente.

—Basta, señora, no me concedáis el llanto de la compasión... Por una de estas perlas que habeis vertido en mi mano, y me la abrasan en este instante, hubiera yo sacrificado mi vida; por una lágrima de vuestra compasión, puedo suicidarme.

—¿Por qué me amais? le dijo con bondad.

—Porque vuestra hermosura me sumerjió en un mar de amor, la primera vez que os conocí. ¡Oh! Satanás debe haber encendido en mi pecho esta horrible hoguera... os amo con una pasión infernal.

Fulberto inclinó la cabeza agoviado por un vértigo insensato.

—Antes de la fatal coincidencia que me puso delante de vos, era honrado; el honor era mi amor, mi gloria; después que lo perdí, por salvaros del sarcasmo público, soy un ente despreciable, por haber sido débil... Poco me importa completar mi infamia amandoos.

—¿Qué digo? Si aun conservara pura mi frente, enlodaría el nombre ilustre de mi antigua familia, y desafiaría sus maldiciones... ¡Oh, la infamia arrostrada por vuestro amor, si sería dulce para mí!

Fulberto calló; luego alzó la frente; brilló en sus ojos una ira estallante, y exclamó:

—¿Sabéis, señora, que los celos... la locura, me piden sangre?

—¡Sangre! contestó Catalina sobresaltada.

—Sí, sangre... hay un hombre...

—Ya sabéis que le amaba.

—Y sin embargo tengo celos... celos de cuantos rodea. En un día se marchita una belleza, en un día se agosta una flor; y los estragos que he sentido sobre mi ser, me han transformado. ¡Oh, hay días aciagos, funestos, hoy más que nunca me oprime la frente una nube sombría, hoy más que nunca odio á un hombre que lleva corona en la euya; un hombre cuya sangre derramara con bárbaro placer... porque me condujo al trance de degradarme; cometiendo voluntariamente crímenes horrendos.

—Piedad! tened piedad de vos mismo.

—Tengo demasiada, no piedad, sino orgullo, nobleza, si no ya hubiera huido una daga en ambos corazones.

(Se continuará.)

GREGORIO HERRANZ.

LOS PINTORES ESPAÑOLES

EN LA EXPOSICION DE LONDRES.

(Continuación.) (A).

Hemos dicho ya que las obras expuestas en los salones de bellas artes ascienden próximamente á 6,000; ahora diremos que de este número, mas de la mitad pertenecen á Inglaterra, y las restantes, mitad á Francia y Alemania, y la otra mitad al resto de Europa, exceptuando un corto contingente que el Brasil y los Estados Unidos han mandado como muestra del arte americano. Tal desproporción se explica perfectamente, no solo por circunstancias de vecindaje y facilidades de transporte, como por la mayor ó menor idea que de estos públicos ciertamente se tiene concebida en los diferentes países del mundo.

Alemania y Francia, por ejemplo, que comprenden la inmensa importancia que para su renombre y grandeza existe en la manera de presentar muchos y notables productos, han enviado todos cuantos poseían referentes así á la industria y fabricación

(1) Véase nuestro número del 4 de Agosto.

como á las bellas artes. El nuevo reino de Italia, que ha comprendido asimismo un interés análogo, sigue á estas naciones en su abundancia y belleza de exposición.

Bélgica, Suiza, Holanda, y hasta Rusia se presentan en Londres armadas de cuanto poseen para terciar poderosamente en la lucha, y solo aquellas naciones que como la nuestra miran con más interés lo de casa que lo de fuera, cuando lo de fuera es mucho más interesante que lo de casa, y cuando á lo menos no existe antagonismo en que marchen, acordes, lo uno y lo otro, solo estas naciones, decimos, son las que, ó se han retraído completamente, ó han mandado poco, porque no tenían más ó no han mandado todo lo que podían por creer, sin razón, que con algunas muestras tenían de sobra. Así vemos que pequeñas naciones remiten como Bélgica 169 obras de arte, Holanda 127, Dinamarca 116, Suiza 118 y Roma mismo, la pobre Roma, reducida hoy á sus muros desmembrados, espone 217, mientras que España, mayor que todas ellas, triple que algunas, rica como pocas, fecunda comparativamente como la que más, exhibe solo 47, y de estas 16 en papel, lo cual reduce los lienzos á 51.

Para nosotros, los que hace año y medio recortábamos los salones del ministerio de Fomento, rodeados de 50 obras notables, de otras tantas medianías y 200 más como las que vemos tapizando las cornisas de las galerías de Kensington; para nosotros, que conocemos los cuadros que de 10 años á esta parte han adquirido la corona, los príncipes y el gobierno español; para nosotros, que casi podríamos señalar uno por uno los lienzos bellos que nuestros particulares han comprado á plátanos del país, dignos de figurar en la exposición de Londres, es grandemente triste que la escasez del número nos haya reducido á una condición estadística insignificante, cuya trascendencia es mayor de lo que á primera vista parece. El número, en efecto, da ideas materiales de grandeza que no las da la calidad; forma campo estenso y propio donde se destaquen las obras privilegiadas, como se destacan las flores en un campo de yerbura; limita y señala radicalmente los productos de un país entre la confusa aglomeración de muchos, y sobre todo, lo largo es más que lo corto, lo grande es más que lo pequeño.—El extranjero que visitase una casa de Madrid, y encontrara en ella cuatro docenas de mujeres bonitas, se iría diciendo á su país que hay casas en España donde ninguna mujer es fea; pero si esas mismas cuatro docenas de mujeres las vé paseando por el Prado, confundidas con la muchedumbre, se va diciendo que en España todas las mujeres son hermosas.

La cuestión de número ha perjudicado mucho á las obras artísticas de nuestro país, porque no siendo suficientes para formar sala ni sección propia, han tenido que pedir alojamiento prestado á otras naciones y otras escuelas, lo cual entre mayores males, ha producido el no pequeño de que un cronista entendido del gobierno ruso escriba al *Diario de Petersburgo* que la España no ha mandado bellas artes á la exposición de Londres. Lo que le ha sucedido á ese cronista puede sucederle á muchos, porque las 47 obras españolas están colocadas en cuatro lugares diferentes: obra artística hay revuelta entre los cacharros de la industria; otras hay en un rincón de la sala de Roma, y otras en un rincón de la sala de Rusia, y otras debe haber en alguna otra parte que nosotros no hemos encontrado todavía. No es de extrañar así que los indiferentes al ser atraídos por la multitud ante el cuadro de los *Comuneros*, que está colocado en la galería de Roma, crean que aquello que tanto les admira sea obra de un romano, como los *Carvajales*, como el *Atciades*, como el *Adios para siempre*, como otros que se encuentran en semejante caso; no es de extrañar que el mismo ruso, á cuyos

ojos no han llegado los cuadros españoles, crea que la *Santa Cecilia*, colocada entre las obras religiosas de su país (y por cierto mejor que muchas de ellas), es obra de un compatriota suyo, como los *Reyes Católicos*, á quien sucede esto, sean obra de un polaco y así de los demás.

Hemos cometido, pues, una torpeza insigne en no mandar 200 cuadros que desahogadamente pudiéramos haber escogido entre los pintados de 10 años á esta parte (que son los que se admitían), y acusa algo de desconocimiento en la verdadera situación de las bellas artes en Europa, esa meticulosidad con que hemos andado en elegir obras, no con completo acuerdo ciertamente, como si las otras naciones estuvieran tan distantes de nosotros en el arte como lo están en la industria y en la fabricación.—Es necesario decirlo claro, y nadie más apropiado que nosotros, que no tememos perder nuestra reputación artística: así como el tiempo aumenta las figuras, la distancia agranda las reputaciones; y celebridad artística hay en Europa que nosotros admiramos cándidamente desde nuestros casinos y nuestros cafés, cuyas obras tienen inapreciables bellezas, pero también algunas vulgaridades y no pocas tonterías. Raro es el artista contemporáneo, al menos de los que están representados en la Exposición de Londres (y hay muchos célebres) cuyas obras no se presten á una crítica dura y á las veces sangrienta, como los de cualquiera otro mortal. Raro es el cuadro por consiguiente que nosotros arrancaríamos de aquellas paredes para colocarlo en nuestros museos. ¿A qué, pues, nuestra meticulosidad? ¿Era que desconocíamos lo que pasa en Europa?

Inglaterra, que es el país favorecido esta vez, porque está en su casa, ha espuesto 3000 obras: de ellas 2,200 son de papel y solo las 800 de lienzo. ¿Qué han pintado, se dirá, en tan considerable número de papeles?—Sabido es que los ingleses son acuarelistas de primer orden, dibujantes, grabadores, todo lo que se hace con las manos, todo lo que se consigue con el estudio, todo lo que se obtiene con la perseverancia. ¿Constan á la misma altura en lo que se debe á la inspiración y al génio? Ellos creerán que sí; nosotros lo dudamos; la opinión ganará lo niega.

La primera galería de la escuela inglesa parece un almacén de quincalla; nada hay feo, nada hay malo, nada hay que no sea muy agradable y en ocasiones artístico; pero, ¿y la inspiración? ¿Y el génio?—La casita de campo, el jardín, las ovejas, el molino, el peñón, la ermita, la zagala, todo lo que se hace con las manos, todo lo que se hace con la academia. La segunda galería (y adviértase que no guardamos rigorismo local, sino divisiones arbitrarias para ser comprendidos), la galería del paisaje es una galería fotográfica de los hermosos campos de Inglaterra, y la prueba de su exactitud material es que es admirable en cuanto la naturaleza de las islas posee de bueno, y es vulgar ó pecaminosa en cuanto al Reino Unido tuvo por conveniente negarle Dios. ¿Qué cielos, Virgen Santa; que nubes, que atmósferas tan deplorables! País hay, de gran mérito sin duda, á quien no sería herético partirlo por la mitad y arrojar la de arriba á la chinenea. Ellos no tienen cielo, copian lo que ven, y no sienten un mejor ni aun cuando lo miran representado en la pintura antigua y en la moderna de otras naciones. Achaque es de todos los papeles pintar el cielo; pero el cielo que no se mueve, el cielo que no tiene colores, el cielo que es de pluma, á nadie se le ha ocurrido pintar más que á los ingleses, y lo peor de todo es cuando lo poetizan é inventan á la manera que se le antoja á su fantasía; ¡qué azules, qué encarnados, qué menestras!

Ante estos cuadros concibe uno lo que se cuenta de un embajador español, que al despedir para España á uno de sus agre-

gados le dijo: «Dad mis memorias al sol, y disculpadme con él por el mucho tiempo que no le he visto;»—ó lo que se refiere de un Persa que, recién llegado á Londres, escribía á su país: «He notado que los ingleses no gastan sol;»—hasta el correo inmediato, en que se apresuró á rectificar:—«Si lo gastan; pero es otro del nuestro.»

Viene después la galería de género, y en ella se advierte la misma exactitud, la misma copia de la naturaleza inglesa. Los campesinos, las muchachas, y sobre todo los niños, están pintados de una manera prodigiosa. Nadie ignora la belleza del rostro británico; y cuando esa belleza no ha de ir acompañada de la esbeltez de la forma y de la finura de los extremos, como sucede con los campesinos y mujeres del pueblo, el artista inglés no encuentra tropiezos en su imaginación, y casi podemos decir que es intachable. En cuanto á los niños, toda ponderancia es poca, porque Inglaterra es el país de los niños, ó por mejor decir, el país de los ángeles. Esos muchachos que nos venden en nuestras tiendas de juguetes, y que creemos pintados á capricho porque no concebimos la existencia de criaturas tan preciosas, son pálido remedo de los muchachos que llevan por los paseos ó que juegan en los *esquares* (1). Murillo advirtió los muchachos ingleses en sus glorias; y no hay pintor en este país que no se acerque algo, cuando pinta niños, al coloso sevillano. —Por lo demás, los cuadros de género de Inglaterra no respiran todavía el aire melodramático y sentimentalista que tan de moda se ha hecho en Francia; los ingleses cultivan el género mas con la naturaleza tranquila que con la sociedad agitada; por lo que, á nuestro ver, conservan en ellos con mayor pureza la tradición legítima de las bellas artes.

(Se continuará.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

CRÓNICA NACIONAL Y ESTRANJERA.

Dice un periódico que han sido contratados por la empresa del teatro del Príncipe los distinguidos artistas coreográficos D. Antonio Guzman y doña Juana Alvarez, para bailar en la próxima temporada: no respondemos de la veracidad de esta noticia porque no ha resuelto el ministerio de la Gobernacion nada relativo á la adjudicacion del coliseo, para lo cual se ha nombrado un tribunal compuesto de los señores Breton, Harzenbusch y Garcia Gutierrez, con el objeto de que examinen los expedientes y elijan la mejor compañía, según previene el pliego de licitacion.

Una carta de Orizaba de 21 de junio que publica un periódico progresista de Madrid, dice que después del combate entre el ejército juarista y franco-mexicano, las fuerzas liberalistas se habian diseminado marchándose el resto, muy corto por cierto, de la division de Zacatecas para aquel Estado. Cervajal, con la caballería, habia tomado el rumbo de Tlaescala. Nogrette ha tenido serios disgustos con Zaragoza á causa de que aquel quería á todo trance atacar á Orizaba, después de la catástrofe del Cerro del Borrego, y el último no lo creyó prudente. El corres-

(1) Plazas que se encuentran á cada paso en Londres y principales ciudades de Inglaterra, por el estilo de la de Oriente de Madrid. Los jardines cercados de estas plazas son de aprovechamiento esclusivo de los vecinos del barrio, los cuales mandan á jugar sus hijos con seguridad y sin perderlos de vista desde las ventanas.

ponsal cree que aaduvo acertado, porque su derrota hubiera sido infalible, tanto por la desmoralizacion que habia cundido en su ejército, como porque habia quedado reducido á ocho mil hombres, número muy suficiente para prometerse buen éxito contra la plaza.—Tan cierto es esto, añade, como que si no termina levantar el campo á las nueve de la noche del 15, hubiera sido atacado en la madrugada en sus mismas posiciones, y habria de seguro perdido toda la artillería, pues el general en jefe francés habia dispuesto un ataque simultáneo por el frente y por los flancos, que habria dado ese resultado y que frustró la súbita y precipitada retirada de las fuerzas de Zaragoza.

—Turin 6.—Las autoridades napolitanas impidieron el desembarque del coronel Aullo, que llegó con 24 voluntarios.

También las autoridades de Palermo han impedido el desembarque de 100 garibaldinos que iban en el «Evenement.»

Trescientos voluntarios han depositado las armas en Palermo. Continúa la agitacion; pero el gobierno no está decidido á sostener su autoridad enérgicamente. Han salido de Palermo para Corleone ocho batallones y una batería.

Ha habido manifestaciones populares en Brescia y Florencia á los gritos de ¡Viva Victor Manuel, viva Garibaldi, al Capitolio, Roma ó la muerte!

En Roma estalló una bomba en la redaccion del periódico ultra-clerical, el *Observador romano*; pero no causó victima ninguna.

Ha habido un encuentro en la frontera entre un batallon de italianos y una banda de reaccionarios, apoyada por los gendarmes pontificios. Victoriosos los italianos persiguieron á sus enemigos hasta el territorio pontificio, en donde se han quedado.

—Hoy recibimos cartas y periódicos de Nueva-York que alcanzan al 20 de julio. Desde la batalla de los siete dias no habia ocurrido cosa notable frente de Richmond. El *Evening post* dice: «Muchos de nuestros colegas se esfuerzan en dar un buen giro á nuestra retirada, y la llaman *movimiento estratégico*; pero nosotros sabemos mejor que nadie á qué debemos atenernos. Lo único que puede servirnos de excusa es el indomable valor con que nuestros soldados han combatido en cada encuentro; pero deseé el nombre que quiera, nuestra retirada no por eso ha dejado de ser una necesidad desastrosa, que por poco termina en el aniquilamiento de nuestro ejército. ¿Quién es el responsable?.. Repetimos que el ejército está desfallecido.

—El diario imperialista la *Patrie* publica una carta de Orizaba, fecha 21 de junio, con una minuciosa reseña de los sucesos allí ocurridos desde el día 11. De las apreciaciones que en la misma carta se hacen se desprende que en Puebla no tuvo el general Loraneez toda la prevision que debia para evitar un descalabro y que en el cerro del Borrego procedió también con algun descuido y no aprovechó sobre todo como debiera la derrota de la division de Gonzalez Ortega para acatar de desbaratar á los mexicanos en el estado de desmoralizacion en que iban huyendo.

—Segun noticias de Méjico, parece que Doblado desaprueba la ponencia militar de Zaragoza, y que hay completo desacuerdo entre ellos, llegando algunos á referir que se habian ido á las manos y dándose de mortuoros. Cada dia se debilita mas el partido de Juarez y su gobierno no tiene medios de reponer las grandes pérdidas que ha sufrido, aun cuando pretenda multiplicar sus medidas violentas y sus apremios contra los ricos y propietarios, que en su mayor parte están arruinados.

Proprietario y editor responsable.—D. José Morales y Rodríguez.

Imprenta de D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 12.